

El verano que te conocí

El verano que te conocí

Cristina Otálora



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Cristina Otálora 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería, (España)

Primera edición: julio 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-80-3

Depósito legal: AL-6059-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

A todas aquellas personas que han vivido un amor imposible.
Independientemente del resultado: sois muy valientes.

Capítulo 1



Jimena:

No pierdas el vuelo, tengo algo importante que contarte.

Terminó de leer el mensaje de su hermana justo cuando un coche rojo se detuvo frente a ella. Sofía no lo pensó, abrió la puerta y entró al asiento del copiloto, soltando un suspiro de alivio. Era verano y el sol pegaba fuerte en Madrid.

—¿Me estabas esperando? ¿Tú a mí, que siempre llegas tarde? —preguntó su hermano, mirándola boquiabierto.

—Ni en broma voy a perder ese avión —contestó antes de besarle en la mejilla.

Luis puso los ojos en blanco y sonrió.

—Eso me suena a mentira. ¿Tienes fiebre? —preguntó, poniéndole la mano sobre la frente. Ella soltó una risita y lo apartó de un manotazo.

—Bueno, vale. Prácticamente han tenido que echarme de la oficina —reconoció.

Se puso el cinturón y solo entonces su hermano se incorporó de nuevo al tráfico.

—En teoría, estás de vacaciones desde el viernes —le recordó.

—Me gusta dejarlo todo organizado.

—¿Y no puede ser que estuvieras con alguien y hayas quedado aquí conmigo para disimular?

—¿De qué hablas?

A sus veintidós años, era la más joven del equipo de Brilliant Events y también una de las mejores. Organizaba las fiestas más sonadas de la empresa y, aunque todos tenían un punto fuerte, ella era quien aportaba las ideas más frescas e innovadoras. Por eso había ido a su trabajo sin que le perteneciera, a pesar de que los compañeros habían insistido en que lo habían entendido todo.

—Te he visto hablando con un chico. Yo estaba parado en el semáforo y lo he visto entrar en el edificio después de despedirse de ti. ¿Es un compañero nuevo?

Sofía lo miró con las cejas alzadas. Soltó una carcajada, incrédula, y miró de nuevo hacia la carretera.

—Se llama Elías, y no, no es compañero de trabajo —le explicó un poco a regañadientes, porque sabía lo pesado que podía ponerse su hermano—. Trabaja en el mismo edificio y nos hemos cruzado unas cuantas veces. Es majó.

—Le gustas —afirmó, lo que a Sofía le provocó una carcajada.

—¿Y tú qué sabes?

—Se notaba perfectamente. —Soltó un bufido y Luis la miró de reojo. Esta vez fue él quien levantó la ceja, interrogante—. ¿Me equivoco?

—La verdad es que no —concedió ella—. Julio lleva la cuenta de las veces que me ha pedido salir. Creo que esta es la número doce.

Su compañero Julio estaba seguro de que Elías no se rendiría hasta conseguir una cita, pero ella no tenía ningún interés. Era guapo, educado y divertido, pero no conseguía atraerla.

—Si te está molestando, solo tienes que decírmelo.

—Lo sé —contestó escueta. No quería entrar en ese tema con Luis.

—¿Estás con algún otro chico?

—¡Qué pesado! —protestó, frunciendo el ceño—. ¡No voy a contarte nada de eso!

—¿Por qué no?

—Porque no quiero darte explicaciones sobre mi vida sentimental o sexual.

—No me refería a detalles sexuales —gruñó él.

—¿Te molesta que a tu hermana pequeña le guste el sexo?

—Olvidalo, no he preguntado nada.

Tuvo que morderse el interior de la mejilla para no echarse a reír. Si él supiera su desinterés por el sexo... Pero nunca le contaría algo así.

—¿Y para qué te metes? —le reprochó—. Avísame cuando llegues. ¿Quién te lleva a casa? ¿Tienes novio? —lo imitó—. ¿A Jimena también la sometes al tercer grado?

—Me preocupo por vosotras. Y Jimena siempre ha sido más cuidadosa. Tú eres la intrépida de la familia.

Sofía le sacó la lengua y se cruzó de brazos, exagerando el gesto de ofensa. Sabía que era la más extravagante de los hermanos, pero eso no quitaba que Luis tuviera un punto controlador que la sacaba de quicio.

—Sé cuidar de mí misma. No necesito que me controles.

Se volvió hacia la ventanilla. Entre ellos era una discusión bastante frecuente y a veces se cansaba de repetírselo.

Luis le apretó la rodilla y ella se quejó, apartándose.

—Venga, no te enfades, solo me preocupo —se excusó, usando su tono más amable e inocente.

—Pues preocúpate por tus asuntos —le replicó sin más—. Ahora, por comportarte como un controlador chalado, no pienso darte lo que había comprado para ti.

—Es chocolate —adivinó él. Sofía lo fulminó con la mirada y Luis sonrió de medio lado—. Siempre me compras chocolate, y si no me lo das se te derretirá dentro del bolso.

—Me arriesgaré.

Se aguantó la sonrisa y alejó el bolso todo lo posible de las manos de su hermano mayor, al que, en realidad, adoraba. Desde que Jimena se fue de casa, su relación se había estrechado más.

Luis paró el motor del coche, se soltó el cinturón y, aprovechando que Sofía se estaba mirando en el espejo, alargó la mano y cogió el bolso, pero ella también lo hizo.

—No puedes meterla en el avión.

—¿Qué me das a cambio?

Luis buscó en el bolsillo lateral de la puerta y le ofreció un paquetito de color verde.

—Quedan un par de chicles.

—Las sobras de mi hermano mayor, típico.

Sacó la chocolatina del bolso y se la lanzó.

De camino a facturar el equipaje, Luis se aseguró de que había avisado a Jimena de la hora del vuelo y de que no se le olvidaba nada en casa.

—Lo llevo todo. Incluido ese bikini morado que tú calificaste como minúsculo —contestó con la clara intención de irritarle.

—Cuando tengas a un montón de babosos detrás, te acordarás de lo que te dije.

—Me parece muy cavernícola por tu parte pensar que no debería ponérmelo.

—Puedes ponerte lo que quieras, Sofía. Te queda genial. —Bufó por tener que contestar a las provocaciones de su hermana—. Supongo que no me acostumbro a verte así. ¿Cuándo has crecido tanto? Tengo que estar más atento o la próxima vez que te vea estarás camino al altar con cualquier guaperas que se cruce en tu camino.

—Para eso primero tendré que encontrar a algún tío interesante, y por ahora, creo que es más probable que encuentre un unicornio.

Ambos rieron, pero para ella aquello tenía un fondo de tristeza que sabía disimular con humor. Solo había tenido un novio en la adolescencia y, desde entonces, ningún hombre había conseguido despertar su interés.

Para alejar el pensamiento, pensó en sus primeras vacaciones en años. Serían en el lujoso chalé de Jávea de la familia de su cuñado Emilio, que en verano solían dejarle mientras ellos se iban a unos carísimos viajes.

Cuando Emilio la invitó, aceptó de inmediato. Necesitaba descansar. Había sido un año de mucho trabajo y, aunque lo amaba, tocaba desconectar. Sobre todo, porque a su vuelta, su vida daría un gran cambio y quería recargar las pilas lo máximo posible.

—¿Te he dicho que ya tenemos un posible candidato para alquilarle el piso? —le preguntó a su hermano.

—¿Estás segura de que mudarte con Inés es lo mejor?

—Es mi mejor amiga desde el colegio. Si tengo que mudarme con alguien, sin duda es con ella —le aseguró, convencida.

Estaba emocionada. La independencia era un gran paso y poca gente a esa edad podía permitírsela, no solo por salir de casa, sino por cubrir todos los gastos sin ayuda de los padres. Aunque a veces se sentía abrumada por tanto cambio, también estaba impaciente por vivir la nueva etapa.

Tras facturar el equipaje, llegó la hora de despedirse. Luis la abrazó y dejó un beso en su pelo

—¡Intenta no hacer locuras! —le gritó cuando se alejaba entre el barullo de la gente.

—Te prometo que intentaré hacer justo lo contrario. Su hermano le lanzó una mirada de advertencia, pero ella le sonrió y le mandó un beso antes de darse la vuelta y colocar sus cosas sobre la cinta transportadora del control.

Más tarde, acomodada en el asiento del avión, miraba por la ventanilla con los ojos vidriosos de emoción. Las vacaciones más ansiadas, esperadas y merecidas de su vida.

A su vuelta, todo cambiaría, y estaba orgullosa de lo que estaba logrando.

No fue fácil dejar la universidad para lanzarse a por un sueño, pero desde que tuvo la oportunidad de dedicarse a organizar eventos, supo que era su camino. Y aunque tanto sus hermanos como sus padres la habían apoyado, no lograba quitarse de la cabeza que aquella decisión tan acelerada pudo haber decepcionado a sus padres, aunque nunca lo dijeran. No sabía si en un futuro cambiaría de opinión, pero de eso se trataba la vida: de aprender. Le daba miedo equivocarse, pero no le daba miedo lanzarse a la piscina. Y, una vez calada hasta los huesos, ya no había marcha atrás. Aceptaba su destino.

Mientras observaba cómo el avión ascendía, pensó en las ganas que tenía de conocer la casa de la familia de Emilio.

Un verano en el Mediterráneo, disfrutando del sol y la tranquilidad. ¿Qué podría salir mal?

Capítulo 2



Después de coger su maleta, Sofía se dirigió deprisa hasta la salida y buscó con la mirada a su hermana.

Jimena estaba en un lado, al final de varias filas de personas que esperaban a sus familiares. La observó mientras avanzaba entre la multitud. Físicamente era parecida a ella: pelo castaño, piel bronceada y ojos rasgados. Aunque, si tenía que destacar algo de su hermana, era su forma de ser. Con solo su presencia, Jimena transmitía serenidad y confianza. Era de esas personas que caía bien a todo el mundo.

Era dulce, inteligente y también elocuente. Además, era una persona muy sencilla y elegante. Por eso, a cada paso que daba, se sorprendía más del gran escote del vestido que llevaba puesto.

La echaba mucho de menos. Ambas vivían en Madrid, pero entre el trabajo y que Jimena estaba casada y necesitaba hacer todas

esas cosas de pareja que Sofía apenas había saboreado hacía tanto tiempo, casi no se veían.

Jimena levantó la vista y Sofía no se pudo contener más. Dio un gritito, asustando a las personas de su alrededor, y corrió hacia ella tirando de su maleta. Jimena, con una amplia sonrisa, esperaba el abrazo arrollador de su hermana pequeña.

Soltó la maleta, que volcó a sus pies, y se tiró a su cuello, besándola en las mejillas, mientras ella la abrazaba y sonreía. Así era Sofía: entusiasta como una niña pequeña cuando abría un regalo.

—Cariño, cuánto me alegro de verte —dijo mientras la abrazaba—. Y de que no hayas perdido el vuelo.

—Luis se ha encargado de eso, no se fiaba de tener que traerme él mismo en coche —bromeó.

Ambas rieron y Sofía recogió su equipaje antes de empezar a caminar junto a su hermana hacia la salida.

De camino a Jávea, y después de ponerse al día sobre cómo iba su búsqueda de piso, del viaje de Luis y de que su madre quería que se reuniesen todos a su vuelta a Madrid, Sofía tomó aire y se recostó en el asiento.

Parecía que, después de soltar toda la información, por fin se sentía de vacaciones.

—Tengo que decirte algo. —El tono de Jimena fue tan prudente que Sofía, que miraba por la ventanilla, se volvió hacia ella rápidamente—. Pero no te enfades —le pidió.

—Si ya de entrada me dices eso...

—¿Te acuerdas del hermano mayor de Emilio, Víctor?

—¿El rubio serio de tu boda? —Jimena asintió—. Muy poco.

—Hace unos días llamó y dijo que venía a pasar el verano con nosotros. Llegó anoche. Emilio está encantado porque hace años que no veraneaban juntos. Lo siento, no te quería decir nada porque necesitaba que vinieras —habló atropelladamente—. Tengo

que contarte algo, y si te decía que Víctor iba a pasar aquí el verano, igual cambiabas de opinión, y yo quería estar contigo.

—¿En serio pensabas que no iba a venir? —Sofía soltó una carcajada—. Este verano no me lo pierdo por nada del mundo. Además, ¿no tiene como cuarenta y tantos años? Él a lo suyo y yo a lo mío. No es para tanto.

—Tiene cuarenta —la corrigió, más tranquila—. ¡Menos mal! Es que pensaba que podías sentirte incómoda al no conocerle demasiado.

—Bueno, pero voy a estar contigo y con Emilio, no es un problema. Hola. Adiós. ¿Lo de ser tan serio es un requisito fundamental para tu trabajo?

—No se te ocurra decirle nada de eso —la regañó, aguantando la risa—. Y no es tan serio. Cuando lo conoces es muy agradable. Yo creo que te va a caer bien.

—Tranquila, seguro que sí. ¡Va a ser un verano genial!

—Menudo peso me acabo de quitar de encima —suspiró aliviada—. De verdad que este verano te necesito aquí conmigo.

—Es la segunda vez que lo dices —comentó, intrigada—. ¿Qué pasa?

—Verás, es que... —Jimena no terminó la frase. Tenía la vista fija en la carretera y, con una mano, se metió el pelo detrás de la oreja.

—Dilo ya, por...

—Estoy embarazada.

—¡Qué! —chilló a su lado—. ¡¿Estás embarazada?! —Se abalanzó sobre su hermana, pero con el cinturón puesto solo consiguió acercarse con torpeza para abrazarla. Justo después, puso la mano sobre su vientre—. ¿Y has esperado todo este tiempo para decírmelo? ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Sabes el sexo? ¿Cómo le vais a llamar?

—Calma, las preguntas de una en una —le pidió riendo—. Me enteré hace un par de semanas. Me hice una prueba y dio positivo, así

que fui a mi médico y me lo confirmó. De momento, me encuentro bien, solo algo más cansada. Pronto tendré mi primera ecografía.

—¡Es genial! ¡Voy a ser tía! Seré la mejor tía del mundo. —Sofía estaba eufórica—. En cuanto sepa andar lo pienso llevar al parque de atracciones...

—Pero tengo un problema —la interrumpió su hermana.

—¡Ay, Dios! No me digas que pasa algo malo. —Se llevó una mano al pecho, sintiendo que el corazón dejaba de latirle.

—No se lo he dicho a Emilio. En realidad, tú eres la primera persona a quien se lo digo —reconoció apenada.

—Va a ser padre y no se lo has dicho. ¿Cómo has podido callarte esto dos semanas?

—No estoy segura de cómo se lo va a tomar.

—¡Pues bien! Te quiere, estáis casados. Tenéis una buena vida.

—Precisamente por eso. —Se aclaró la garganta y tomó aire despacio—. Hace unos meses fuimos a una clínica privada de reproducción para guardar óvulos y esperma para el futuro. Hablamos mucho sobre el tema y ambos decidimos que esperaríamos unos años. Por eso lo hicimos, para tener más probabilidades. —Suspiró con mucho pesar—. Teníamos planes. Emilio tiene mucho trabajo e incluso pensamos en vivir unos años en París y, a nuestra vuelta, comprar una casa más grande y entonces ponernos a ello.

—Pero si no queráis tener hijos ahora, ¿cómo ha pasado esto? Es decir, ¿no usabais ningún método anticonceptivo?

—Yo estaba tomando la píldora, pero reconozco que después del tratamiento estuve un tiempo muy estresada en el trabajo y olvidé tomarla unas cuantas veces. Se va a poner furioso —dijo, desanimada—. Esto no es para nada lo que él quería.

—¿Y tú? —Ahora estaba preocupada por su hermana.

—Desde que me enteré de que estaba embarazada, amo a este bebé. No me lo esperaba, pero lo quiero. Y tengo miedo de que él no.

Sus ojos brillaron, a punto de desbordarse.

Sofía extendió la mano y la apoyó sobre la pierna de su hermana. Conocía a Emilio. Era un buen hombre: inteligente y divertido, además de responsable y maduro. No era capaz de imaginarlo enfadado o decepcionado por algo así. Probablemente, su hermana estaba más sensible por el embarazo, pero estaba segura de que él lo comprendería y aceptaría.

—Tienes que decírselo. Busca un momento bonito y hazlo. Yo estaré aquí para acompañarte.

La conversación se cortó de golpe cuando sonó una llamada en el coche. Era del trabajo y Jimena contestó, pidiéndole disculpas con la mirada.

Sofía aprovechó para dejar caer la cabeza sobre el asiento y disfrutar del paisaje. A veces se podía ver el inmenso mar, de un azul profundo y resplandeciente por el sol que incidía sobre él.

Se dejó arrastrar por sus pensamientos y recordó lo que le había dicho su hermana: Víctor iba a pasar el verano con ellos. Solo lo recordaba de aquella única ocasión.

Lo vio durante la ceremonia de la boda de Jimena y Emilio. Estaba de perfil, en el otro extremo de la sala, y vagamente recordaba que era un hombre muy alto, delgado, de pelo rubio y con un semblante serio y concentrado.

Durante la celebración, en cierto momento entre la cena y el corte de la tarta, su padre se lo presentó, pero ella estaba distraída escuchando cómo su madre le decía que no encontraban los regalos para los invitados y, como dama de honor y responsable de gran parte de la organización de la boda, no podía permitir ningún fallo.

De ese fugaz encuentro lo que recordaba era estrechar la gran mano de Víctor mientras se ponía de los nervios con las noticias de su madre, sin siquiera mirarlo. Acto seguido, desapareció.

Ahora que lo pensaba con detenimiento, había sido una maleducada, pero en aquel momento que la boda saliera a la perfección era su prioridad.

Después de aquello no había vuelto a verlo y tan solo unas pocas veces más a los padres de Emilio. Pero sabía que Jimena tenía muy buena relación con ellos.

En alguna ocasión anterior, su hermana le había comentado que Víctor tenía un gran olfato para las finanzas y que trabajaba en una empresa muy importante de comercio internacional en Madrid.

El chalé se encontraba a las afueras de Jávea, Alicante, en una urbanización privada repleta de lujosas viviendas, rodeada de unos vastos muros de piedra y setos perfectamente recortados.

Cuando entraron en la parcela, Sofía se quedó boquiabierta. Un gran jardín empedrado, rodeado de árboles inmensos, pinos antiguos y altas palmeras se abría ante sus ojos. En el centro se alzaba majestuoso, en color blanco, con rejas negras y anchos ventanales, el precioso chalé. Tenía dos plantas y numerosas ventanas. El porche de entrada tenía unos pequeños escalones y un arco que enmarcaba la puerta de la vivienda.

—Ese camino lleva al jardín trasero, donde está la piscina y una pequeña casita con los vestuarios —explicó Jimena cuando bajaron del coche, mientras ella observaba todo con atención.

Cuando volvió la vista a la entrada, Emilio salía para recibirlas. Se sorprendió al verlo en bermudas, descalzo y con su pelo rubio alborotado. Aunque siempre había pensado que su cuñado era guapo, las vacaciones le sentaban muy bien.

—¿Qué tal el viaje?

Emilio se acercó a abrazarla y ella, muy contenta de verle, le devolvió el abrazo.

—Bastante rápido. Se me ha pasado volando, literalmente.

Emilio se rio y sus ojos se entrecerraron, tal y como Sofía recordaba.

Aquel gesto de su cuñado le encantaba; le daba un aspecto más infantil y cariñoso.

—Tenéis una casa preciosa, en serio —le dijo, admirando la vivienda—. Jimena me había dicho que era bonita, pero es espectacular.

—Gracias. Y hablando de casas, ¿ya has encontrado algo para mudarte?

Sofía le resumió mientras él sacaba su maleta del coche y ambas lo siguieron. El interior de la casa no era menos alucinante que el exterior: techos altos y blancos, mucha luz y una decoración mediterránea exquisita en tonos neutros con toques de azul marino salpicados por aquí y allá.

En la planta superior, los dormitorios se distribuían por un largo pasillo. Entraron en la primera puerta. El suyo tenía una enorme cama que atraía toda la atención con una preciosa colcha de hilo blanca y cojines en color coral. Al fondo, una cristalera enorme daba paso a un balcón.

—Aquella puerta es el baño —explicó Emilio, señalándola.

—Nosotros estamos en la siguiente habitación. Pensamos que esta te gustaría. Tienes unas preciosas vistas a la piscina.

—No sé si prefiero que me pongáis al otro lado del pasillo —bromeó—. Aunque me pierda las vistas.

—No te preocupes, las paredes están muy bien aisladas —dijo Emilio, guiñándole un ojo.

Cuando la dejaron sola, salió a la terraza y observó el entorno. La casa estaba rodeada por altas palmeras que ocultaban la vista de otros chalé. Desde el balcón, podía ver la piscina rectangular

en la parte trasera, rodeada de césped muy bien cuidado, donde había varias tumbonas de madera con mullidos cojines blancos.

Aquello, desde luego, no era una simple casita en la playa. Era una mansión de ensueño, que los padres de Emilio se habían encargado de preparar para su familia.

Al cabo de un rato llegó hasta la cocina guiada por un olor picante y delicioso. Jimena estaba sentada en uno de los taburetes y Emilio removía una gran sartén llena de pollo y verduras.

—Huele genial —dijo, aspirando el aroma que había en el ambiente—. ¿En qué puedo ayudar?

—Puedes poner la mesa en el porche.

—¿Dónde está Víctor? —preguntó Jimena.

—Ha ido al supermercado —le respondió Emilio.

—Espero que no le importe que pase el verano con vosotros —comentó Sofía, cogiendo un mantel que Jimena le había pasado.

—Tranquila, no ha dicho nada. Le parece bien —continuó su cuñado.

—Si no ha dicho nada, ¿cómo sabes que le parece bien?

—Si no fuese así, se habría quejado. Créeme.

Con el mantel en la mano, Sofía salió al jardín trasero. Bajo la terraza se disponía un precioso porche con muebles de mimbre y tres grandes lámparas de metal blanco y diseño arabesco. Al fondo, un pequeño rincón para descansar y, al lado de la puerta por donde se salía de la cocina, se encontraba una majestuosa mesa de madera con seis sillas a su alrededor.

Colocó el mantel y se detuvo un momento para contemplar la piscina. Se sentía feliz de estar allí. Jimena era afortunada en el amor, pero resultaba que su amor había venido cubierto de oro y piedras preciosas. Su hermana disfrutaba de unos lujos con los que ella no se atrevía ni a soñar.

Emilio llevaba la dirección de dos hoteles que él mismo había diseñado con cierto aspecto futurista. Y aunque su hermana seguía trabajando, estaba claro que no lo necesitaba.

Sí, sin duda el verano iba a ser maravilloso en aquel paraíso.

Víctor aparcó en la entrada, junto al coche de Emilio. Bajó, cogió del maletero tres pesadas bolsas repletas de comida y fue hacia el sendero que bordeaba el chalé para poder pasar directamente a la cocina.

Se alegraba de estar allí. Hacía tiempo que no volvía y había olvidado la tranquilidad que se respiraba en esa casa. Aun así, su mente no lo dejaba en paz. Tenía pendiente una conversación con Emilio; ese era uno de los motivos por los que había decidido ir.

Confiaba en su hermano y necesitaba hablar con alguien, pero no era sencillo.

En pocos pasos, dobló la esquina que daba a la piscina, inmerso en los pensamientos que lo abrumaban, pero de pronto se detuvo en seco.

Una chica joven, de pelo largo y ondulado bailaba desinhibida mientras tarareaba una canción que él ni siquiera conocía. La escena era embaucadora. Los movimientos exagerados de sus caderas podían detener por completo el corazón de cualquiera. Estaba colocando unos platos sobre la mesa mientras tanto, ajena a todo, perdida en la música.

Era una visión muy sensual. No podía apartar los ojos de ella.

Siguió el camino del cabello castaño que caía en cascada, acariciando la piel de sus brazos desnudos, y llegaba hasta su estrecha cintura.

Luego ella se agachó para dejar un plato en el extremo opuesto de la mesa y el vestido que llevaba se pegó a su redondeado y pequeño trasero, dejando a la vista unas piernas bronceadas.

La boca se le secó de inmediato y se obligó a tragar saliva para combatir el calor que se estaba apoderando de su cuerpo.

Mierda.

Tardó unos segundos en darse cuenta de quién era esa muchacha que cantaba tan alegre en su jardín.

Solo la había visto una vez, hacía unos años, y en aquel entonces Sofía era una adolescente. En ese tiempo ha cambiado mucho y ahora tenía unas delicadas y sinuosas curvas que definitivamente antes no estaban ahí.

Sofía ya no era una niña, eso saltaba a la vista.

Víctor agitó la cabeza para apartar todos los pensamientos que viajaban entusiasmados hacia su entrepierna y emprendió de nuevo el camino. Tan solo era una veinteañera, y la hermana pequeña de su cuñada.

De algún modo, pensar en ella con cualquier matiz sexual debía ser hasta ilegal. Aunque haberla visto así le había pillado desprevenido. Era preciosa.

Caminó hasta ella y subió el escalón del porche donde se encontraba.

—Hola, Sofía —la saludó, poniéndose detrás de ella—. ¿Qué tal estás?

Capítulo 3



Una voz masculina, fuerte y profunda sacó a Sofía de su particular fiesta mental de un sobresalto. Tiró los cubiertos por todas partes y cuando se giró para observar al dueño de aquella potente voz, se topó con un hombre que la dejó sin aliento. Era mucho más alto y corpulento que ella. Alzó la cabeza para poder mirarlo bien. Su pelo corto, rubio y bien peinado reflejaba los rayos de sol que llegaban hasta el porche. Tenía una mandíbula fuerte y marcada y la nariz recta.

Ese no podía ser Víctor.

Él se pasó las bolsas a una mano y Sofía no pudo evitar fijarse en la tensión de sus fuertes antebrazos mientras sostenían el peso. Todo él parecía estar duro y musculado. La camiseta blanca en la que acababa de colgar sus gafas de sol se ajustaba a sus hombros y pectorales como una segunda piel.

Cuando le tendió la mano, ella se la estrechó con torpeza. Al lado, la suya parecía diminuta, pero el contacto era delicado y caliente. Su piel se erizó y se mordió el labio para reprimir el sonido que quería escapar de su garganta. Subió la mirada muy despacio. Tenía miedo de hacer cualquier movimiento brusco y caer porque, en ese momento, sus piernas tenían la misma consistencia que la mantequilla derretida, pero cuando se topó con los intensos ojos de un azul claro brillante, el pulso se le aceleró sin ningún tipo de control.

Jamás ningún hombre la había dejado en ese estado de aturdimiento.

—Soy Víctor, el hermano de Emilio —dijo mientras sus manos seguían unidas—. Nos presentaron en su boda.

—S... sí, claro —balbuceó, humedeciendo sus labios para ganar tiempo y recuperar un poco la compostura—. Te recuerdo.

Pero era mentira. Ese no era el hombre que ella recordaba, ni de lejos. Nunca lo habría reconocido fuera de allí. ¿Tan poco se había fijado en la boda? Llamaba demasiado la atención como para pasar desapercibido. Sintió un pinchazo de arrepentimiento al darse cuenta de la forma en que lo había ignorado aquel día. Ni siquiera lo había mirado a la cara. Puede que el cuerpo hubiera cambiado, incluso que ahora tuviera una especie de aura magnética, pero esa mirada intensa y penetrante de ojos azules que se aclaraban cerca de la pupila no los habría olvidado, por mucho tiempo que hubiera pasado. Eran impresionantes.

Sus manos se separaron y por un momento Sofía sintió que la echaba de menos. Todavía podía notar su calor en la palma de la mano y, sin pretenderlo, se imaginó cómo se sentiría esa mano acariciando la piel de sus brazos o de su cuello.

La mirada de Víctor se agudizó y ella se aclaró la garganta, desviando la suya. No podía ir por ahí. No con él.

Los cubiertos seguían desperdigados por el suelo y, de pronto, la vergüenza y el calor se apoderaron de nuevo de ella al recordar lo

que estaba haciendo justo cuando Víctor había aparecido. Su cara se tiñó de rojo: no solo la habría escuchado cantar, sino que, además, había estado bailando y meneando el trasero de forma exagerada.

Ridículo no era una palabra suficiente para describir lo que había hecho. Estaba muy avergonzada. No había forma de que él no la hubiese visto en su momento diva de la música. Con cada pensamiento, su rostro se calentaba aún más. Se agachó rápido para recoger los cubiertos, pero al hacerlo su culo golpeó la silla de atrás con fuerza y cayó hacia delante, de rodillas, justo a los pies de Víctor.

Ahora sí, ya había hecho todo el ridículo que una se podía permitir al menos en un año. Sobre todo, al darse cuenta de que, en su caída, se había clavado un tenedor en la palma de la mano.

—¿Estás bien? —preguntó mientras se agachaba a ayudarla.

—Sí, de maravilla —intentó disimular—. Así puedo ver si ha caído alguno bajo la mesa.

Pero Víctor ya la había agarrado de los brazos y la había levantado como si fuera una pluma. Y allí estaba otra vez, frente a esos ojos que la miraban con una expresión interrogante, quizá con algo de preocupación. Sus manos aún sujetaban sus brazos con firmeza y ella se estremeció cuando el calor que le transmitía le recorrió cada poro de la piel.

Llevó las manos a los antebrazos masculinos y los sujetó justo unos segundos antes de que él la soltase. Como había pensado, eran duros, y ahora esa sensación de calor comenzó a hervirle, a correrle por las venas y a provocar que su respiración se volviera jadeante.

Puede que fuese un momento humillante, pero aun así Víctor la dejaba fuera de juego.

Le dolía el trasero, las rodillas y, por supuesto, la palma de la mano, que lucía unas pequeñas marcas del tenedor, pero no fue hasta que él volvió a hablar que salió del trance en el que se encontraba:

—Déjame ver —le pidió, pero antes de que pudiera responder, él ya estaba cogiendo su mano y observando la marca.

—No es nada, ni siquiera me duele —intentó retirar la mano, pero se lo impidió.

Víctor frunció el entrecejo y examinó la mano detenidamente. Luego hizo lo mismo con su rostro, sin soltarla. Sofía notó cómo pasaba el pulgar por las marcas de su palma en una caricia sutil. Quería restarle importancia a aquello, pero cada vez estaba más nerviosa. Él iba a notarlo en cualquier momento y pensaría que era debido a la caída, que se había lastimado, pero no: la caída la había avergonzado, pero el suave temblor que la recorría no tenía nada que ver con eso, sino más bien con el hombre que suavemente la acariciaba y la miraba con preocupación.

Víctor suavizó su expresión, abrió la boca para decir algo, pero entonces apartó la mano y se aclaró la garganta.

—Todo parece bien.

Ella asintió sin saber bien qué decir y, con discreción, tocó justo el punto donde él la había acariciado.

—Estás más... crecida.

Sintió algo de decepción. ¿Pero qué esperaba que dijera?

—Tú también estás más crecido —contestó, haciendo un gesto con las manos abarcando su anchura.

Él sonrió y después cogió las bolsas.

—Voy a llevar todo esto dentro.

Cuando desapareció de su vista, soltó todo el aire de golpe. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo estaba reteniendo.

Se agachó con cuidado de no golpearse de nuevo y recogió los cubiertos. Aún notaba el tacto de Víctor sobre su piel. Su respiración seguía agitada. Nunca había sentido ese tipo de atracción física tan desmesurada por nadie, ni siquiera con su exnovio. No alcanzaba a entender cómo había ocurrido, pero Víctor lo había conseguido en apenas unos segundos.

Era una locura. Una tontería. Seguro que había sido algo momentáneo, por la impresión de verlo después de tantos años. Era muy atractivo, pero también mucho mayor que ella.

El verano prometía. Unas horas en aquel paraíso mediterráneo y ya tenía un secreto que guardar, había hecho el ridículo un par de veces delante de Víctor y, para colmo, se había magullado las rodillas, el culo y la mano.

Su hermano se dejó caer sobre uno de los sillones del despacho y Víctor se sentó frente a él después de cerrar la puerta.

Desde allí se podía ver la parte delantera de la casa. La calma reinaba en el exterior, el sol brillaba con fuerza y se colaba a través de la ventana, atenuado por las cortinas.

—¿De qué querías hablar? —le preguntó Emilio sin rodeos.

Víctor soltó un suspiro largo y pesado, preparándose para contarle lo que le preocupaba, pero por mucho que se hubiera mentalizado, hacerlo no era tan sencillo.

—Es algo que me preocupa desde hace un tiempo y no sé cómo afrontarlo —soltó de carrerilla. —Su hermano alzó una ceja y se recostó sobre el sillón, dándole a entender que tenía toda su atención—. Sabes que para mí el trabajo es muy importante —comenzó mientras Emilio asentía—. Ha sido muy duro y gratificante llegar hasta donde estoy. El día que me dijeron que era el nuevo director de asesoramiento financiero, joder, ¡sentí un subidón increíble!

—Es genial, en serio.

—Sí —reconoció, pero su tono se volvió más pesado—, pero ahora que he llegado hasta aquí, sinceramente no me siento como esperaba.

—¿A qué te refieres?

Víctor se inclinó hacia delante y apoyó los codos en sus rodillas.

—Me he dejado el alma por ese despacho. Los dos últimos años he dedicado todo mi esfuerzo al trabajo. Nada de salir con amigos, nada de mujeres, y tuve que montarme un gimnasio en casa para poder liberar estrés. Pero llevo un tiempo pensando que, por conseguir este objetivo, he descuidado otra parte de mi vida. No tengo vida social. No me he acostado con nadie desde hace meses. —Víctor se recostó sobre la butaca y se apoyó en los brazos del sillón sin mirar a su hermano. No quería ver lástima ni nada que lo hiciera arrepentirse de contarle aquello—. Yo tenía un plan: terminaría la carrera, conseguiría un buen puesto y, mientras iba ascendiendo, encontraría a una mujer, me casaría y formaría una familia. Sencillo. —Se mofó de sus propias palabras—. Al principio lo fui retrasando, todavía tenía tiempo, me divertía con las chicas, pasaba un buen rato, pero estaba concentrado en el trabajo. Después, el trabajo se convirtió en mi estilo de vida y dejé que me absorbiera. Me encanta lo que hago, pero mi vida al margen de eso es un desastre —reconoció, abatido.

—No sabía que te sentías así. ¡El gran Víctor Guerrero preocupado por algo!

—Ayudaría que no te rieras a mi costa —espetó, cabreado—. No tienes ni idea de lo difícil que es hablar de esto con mi hermano pequeño. Solo confío en ti y no sabía a quién más acudir. Si hubiese tenido otra opción, jamás lo habría hecho.

—No sé si eso me ofende.

Víctor ignoró su comentario.

—No sé qué hacer. Papá tenía una familia mientras levantaba un maldito imperio. Tú estás siguiendo sus pasos. Diriges dos hoteles, te has casado... —Estaba orgulloso de su hermano, pero no podía evitar preguntarse en qué se había equivocado él—. Siempre he intentado hacer bien las cosas, pero ahora veo que me he desviado mucho de mi objetivo, y es posible que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —preguntó, confuso.

—Para tener una familia.

—Nunca es demasiado tarde para eso.

—Emilio, llevo muchísimo tiempo sin acercarme a una mujer.

—Vio la mirada de preocupación en su hermano y se sintió aún más idiota por contarle todo aquello, por haber abandonado su vida personal de ese modo—. No es tan fácil. Tendría que empezar por tener citas, enamorarme, intentar que funcione, y si eso no pasa, vuelta a empezar. Y ya ni hablemos de tener hijos. Tengo cuarenta años. Entre que encuentre el amor, si es que lo encuentro —puntualizó—, y tengo una relación lo suficientemente estable y consolidada para tener hijos... ¿Cuánto tiempo habrá pasado? No creo que pueda tenerlos para entonces.

—Es cierto que no es sencillo —concedió su hermano—, pero nunca te he visto tirar la toalla, y no entiendo por qué tendrías que hacerlo con esto.

—No lo sé, estoy confuso —admitió, frotándose la frente—. Siento que ha pasado mi vida y que me he perdido parte de ella. Pero es lo que yo me he buscado. Es demasiado complicado.

—Yo no lo veo así. —Emilio se sentó en el borde del sillón, acercándose más a su hermano—. Ahora que ya has conseguido uno de tus objetivos, puedes centrarte en el otro. Busca a una mujer. Quizá tardes un tiempo, pero seguro que encuentras lo que buscas. Y en cuanto a los hijos, no es tan terrible no tenerlos. Tal vez cuando encuentres a la mujer adecuada, te llene lo suficiente como para no necesitarlos.

—Siempre había imaginado que los tendría —murmuró, asimilando las palabras de su hermano. Nunca lo había considerado una opción, pero quizá debería empezar a hacerlo.

—Empieza por el principio —insistió—. Primero, conocer a una mujer.

—Decirlo en voz alta no hace que sea más fácil.

—¿Conoces a alguna mujer que pueda encajar en tu perfil? No sé, alguna amiga de la facultad, alguna compañera.

—He perdido el contacto con casi todo el mundo, y en el trabajo no tengo mucho tiempo para relacionarme con nadie.

—Quizá sea un buen punto para conocer gente del curro. Es una empresa muy grande.

—La verdad es que sí hay alguien, y está interesada. —Víctor hizo un movimiento con la mano, descartándolo—. Pero es una mala idea.

Lo había meditado unos días, pero de la misma forma que se le presentó, la había descartado.

—¿Quién?

—Lidia.

—¿Tu jefa? —preguntó, muy sorprendido.

—La misma. Llevaba un tiempo merodeándome. Coincidíamos demasiado, se presentaba en mi despacho con excusas bastante pobres, hacía que casi todos los días comiéramos juntos. Llegó un momento en que comenzó a agobiarme, no entendía qué le pasaba y me estaba hartando. Hasta que, el día que me iba de vacaciones, entró en mi despacho y me pidió una cita.

—¿Y qué le dijiste?

—En ese momento me pilló desprevenido —contestó, recordando la forma en que lo había abordado—. Le dije que me iba de la ciudad, pero que la llamaría a mi regreso para salir a cenar o a tomar algo.

—¿Te gusta?

—Está bastante buena, es inteligente y una fiera en los negocios, pero —y eso es lo que había sido decisivo para apartarse de esa posibilidad— es mi jefa. Si la cosa sale mal, no quiero que estemos incómodos en el trabajo. —Su hermano asintió, entendiendo su posición—. Ni siquiera debería haberle dicho que podríamos vernos a mi regreso. Creo que he empeorado las cosas.

—Yo lo intentaría. Ya la conoces, te gusta y le gustas. —Emilio se encogió de hombros y volvió a recostarse sobre el sillón—. No sabes cómo va a salir, pero podéis acordar que, pase lo que pase, no será incómodo después. Sois adultos, habladlo.

Víctor lo pensó un segundo. Quizá podría hablar con ella, pero, en cualquier caso, no estaba convencido; tenía que pensarlo con más tranquilidad.

—No le digas nada de esto a Jimena —le pidió—. No quiero que nadie lo sepa.

—Me gusta verte débil —se cachondeó su hermano—. Siempre he pensado que eres un jodido titán y que nada te haría caer.

—Ya me estoy arrepintiendo de habértelo contado.

—Era una broma. Sabes que siempre te he admirado. No me importa creer que soy mejor que tú en algo.

—Eres mucho mejor que yo, Emilio.

—Está claro que tenemos opiniones distintas.

Ambos sonrieron, pero ninguno añadió nada más. Sabían que el otro no cedería. Aunque, para él, su hermano pequeño era un hombre increíble. Merecedor de todo el orgullo que sentía.

—Tu cuñada es bastante peculiar —cambió de tema para destensar el ambiente.

—Es como un huracán —le aseguró Emilio, con una sonrisa en los labios—, pero es una chica increíble. Cuando la conozcas más, me darás la razón.

—Eso si sigue viva antes de que acabe el verano. Por lo poco que he visto, es bastante torpe.

Ambos soltaron una carcajada.

—Es muy efusiva y tiende a la torpeza. La familia de Jimena es estupenda, pero a Sofía la quiero como si fuera mi hermana pequeña. Esa cría se te mete bajo la piel.

—Ya no es una cría —dijo sin pensar, como si necesitara reafirmarse en que no estaba mal tener esos pensamientos íntimos con ella—. Me refiero, ¿cuántos años tiene?

—Veintidós —respondió Emilio, levantándose del sillón—. Aunque para mí siempre será una pequeñaja.

Capítulo 4



Sofía ya estaba en la entrada esperando a que los demás bajaran. La noche anterior, Emilio había propuesto ir a la Cala de Ambolo. Según él, era la más bonita de la zona.

Se había puesto uno de sus bañadores de color rojo vivo, con una abertura lateral que mostraba su piel ligeramente bronceada, y unos *shorts* vaqueros. La boca se le abrió en un bostezo: no había pasado una buena noche. Le había costado conciliar el sueño. Aunque la temperatura era ideal —al contrario que el calor abrumador de Madrid—, estaba inquieta por el reencuentro que había tenido con Víctor.

Podría echarle la culpa a la vergüenza de haberse caído o de haber meneado el trasero en toda su cara, pero no. Estaba inquieta por otra cosa. Desde que lo había visto por primera vez, no conseguía apartar la atención de él. Al principio no se percató, pero conforme avanzaban las horas fue más consciente de que su mirada buscaba todo el tiempo los ojos de Víctor. Ese sorprendente azul la

tenía cautivada, y por mucho que lo observara, seguía queriendo más. Si no dejaba de hacerlo, él iba a darse cuenta, y eso sí que no podía permitírselo. Para colmo, Víctor no había resultado tan aburrido como ella pensaba. Le gustaba participar en las conversaciones, hablaba de forma interesante y sonreía de manera constante.

Cuando el resto bajó, Jimena se paró a su lado y se fijó en sus pies. Sofía siguió su mirada.

—Necesitas unos escarpines. Voy a bajarte unos.

—¿Qué? —Sofía se miró de nuevo los pies, sin entender qué tenían de malo sus chanclas.

—La cala a la que vamos es de grava. Ese calzado que llevas no es adecuado y podrías hacerte daño —le aseguró Víctor.

Cuando su hermana desapareció escaleras arriba, ella se hizo a un lado y, de dos patadas, se quitó las chanclas. No sabía cómo demonios lo estaba haciendo, pero otra vez había quedado en evidencia delante de Víctor.

Sacó su móvil del bolsillo trasero del pantalón y fingió que lo miraba. No quería que los chicos se dieran cuenta del color de sus mejillas. Seguro que estaban del mismo tono que su bañador.

—Voy a meter esto en el coche. Víctor, coge mi mochila —le pidió Emilio.

Sofía lo vio acercarse, sin levantar la mirada de su teléfono. No podía hacerlo. Se estaba aproximando demasiado. Contuvo la respiración cuando su aroma fresco y cítrico le inundó las fosas nasales. Él se agachó a su lado y, sin pretenderlo, ella encogió los pies, subiendo uno encima del otro.

Miró con disimulo hacia donde estaba agachado. Durante un segundo, la mirada de Víctor se dirigió a sus pies y las comisuras de sus labios se elevaron de forma sutil.

Ese gesto la desconcertó, pero antes de que pudiera pensar en nada más, él se levantó y salió de la casa.

Sofía se acercó a la puerta y observó desde el umbral cómo se dirigía al coche y guardaba todo en el maletero. Iba vestido

de negro, desde el bañador clásico hasta la camiseta, que prácticamente le quedaba como una segunda piel. Era la primera vez que los hombros de alguien le llamaban la atención, pero los de él —anchos, fuertes y redondeados— la habían dejado paralizada junto a la puerta.

—Aquí tienes.

Jimena dejó los escarpines a su lado y ella se los puso de inmediato. Por suerte, usaban el mismo número de calzado.

Cuando terminó, ambas salieron y se dirigieron al coche. Fue entonces cuando Sofía se fijó en el otro vehículo que había aparcado al lado del de Emilio. Era un BMW de gama alta, último modelo, en color plata reluciente.

—Pero ¿y este cochazo? —dijo alucinada, mientras lo observaba con detalle y lo iba rodeando.

—Es mi coche —comentó Víctor, acercándose—. ¿Te gusta?

—¿Hay alguien a quien no le guste este coche? —preguntó con ironía.

Él sonrió y ella pasó la mano por la superficie del capó. Estaba impecable.

—Me tienes que dejar conducirlo.

—No lo creo. Nadie que no sea yo se sienta tras ese volante.

—Ya lo veremos —lo retó de manera impulsiva, sin saber muy bien por qué.

Cuando llegaron al lugar, Sofía se asomó a la orilla. Estaban a bastante altura, pero las vistas eran increíbles. La cala de aguas cristalinas no era grande, pero tenía un aspecto salvaje, no por el mar —que estaba en calma—, sino por los altos acantilados que la rodeaban y la empinada bajada que se intuía.

—¡Qué pasada! —gritó de emoción.

—Es por allí —señaló Emilio cuando llegó a su lado.

Los chicos se adelantaron, y Sofía caminó junto a su hermana mientras disfrutaba del paisaje y del aroma salado del ambiente.

Unos pasos más abajo, Sofía se detuvo en seco, lo que hizo que Jimena la imitara.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué pasa? —Jimena siguió su mirada hasta los carteles donde tenía la vista clavada.

—¡Es una playa nudista!

Emilio soltó una carcajada y tanto él como Víctor continuaron el descenso sin decir nada. Jimena la cogió de la mano y tiró un poco de ella.

—Es una playa nudista, pero la mayoría de la gente no lo practica.

—Yo no pienso hacerlo —sentenció. No pensaba quitarse el bañador ni loca—. Podríamos haber empezado por algo más sencillo —le gritó a su cuñado—. ¿Qué tal una playa familiar?

Emilio la ignoró y Jimena se rio a su lado.

—Es un detalle que se os había olvidado mencionar a los tres.

—No habíamos dicho nada —insistió Jimena—, porque como ya te he explicado, el nudismo es opcional.

Después de bajar lo que le pareció una eternidad por una empinada escalera de piedra, se detuvo unos segundos ante la hermosa playa virgen de aguas turquesas. Hacía años que no veía el mar, y aquel lugar era precioso.

Retomó el camino cuando sus acompañantes se alejaron. Al llegar al lugar elegido, dejó sus cosas en el suelo y echó un vistazo alrededor, paseando la vista rápida por la playa, sin reparar demasiado en los que cerca de ella hacían nudismo. No le importaba que lo hicieran, pero le daba pudor mirarlos. Luego se fijó en el suelo, todo estaba cubierto de piedrecillas.

—Cuando pensaba en playa, imaginaba una orilla de arena blanca donde tumbarme a gusto. Si me tumbo aquí, podría...

—Eres muy quejica, ¿lo sabías? —soltó Víctor, silenciándola de inmediato.

Lo miró de soslayo y prefirió no responderle. Se estaba quejando en broma. ¿Acaso no se notaba?

Sacó su protector solar y comenzó a untarse crema en brazos y piernas mientras se contenía para no lanzarle el bote a la cabeza. Luego, Jimena la ayudó con la espalda, también a Emilio y más tarde a Víctor, que no solo no había traído protector, sino que tampoco parecía tener mucha destreza aplicándolo. Eso sí, cuando se quitó la camiseta y Sofía descubrió qué ocultaba aquella prenda, casi se atraganta.

Grandes pectorales, abdominales definidos y una marcada V que desaparecía bajo el bañador. Dio gracias por llevar gafas de sol, porque sintió cómo se le abrían los ojos de par en par. Aunque no era la única: un grupo de chicas, no muy lejos, también lo observaban.

—Estás pisando mi mochila —la voz grave de Víctor volvió a sacarla de su ensimismamiento.

Miró al suelo: uno de sus escarpines estaba sobre una de las asas. Se agachó, la limpió un poco con la mano y se la devolvió.

—Lo siento, con tanta piedra no sé ni dónde piso.

Víctor la agarró y metió dentro su camiseta. No dijo ni una palabra. Ni un *gracias*, ni un *no pasa nada*.

—Voy a darme un baño —anunció Emilio—. ¿Quién se apunta?

—Yo me quedo aquí. Quiero tomar el sol.

Jimena se acomodó sobre la toalla y se puso las gafas de sol. No iban a moverla de allí. En cambio, ella tardó dos segundos en colocarse al lado de Emilio.

—Te acompaño —dijo, quitándose el *short* y dejándolo sobre la toalla. Víctor se fijó en el gesto—. Quiero tirarme desde allí —añadió, señalando un peñón desde el que varias personas se lanzaban al agua.

—Víctor, ¿vienes? —preguntó su hermano.

Él desvió la mirada hacia la roca y la observó en silencio. Parecía recordar algo.

—¿Te da miedo o ya estás demasiado mayor para estas cosas?
—lo picó Sofía. Si él no tenía filtro, ella tampoco pensaba callarse.

Víctor se levantó como respuesta al comentario de Sofía, la miró fijamente y luego se dirigió al agua.

Nadaron hasta llegar al peñón y buscaron un lugar por donde subir. No era sencillo, y si no llevaban cuidado, podrían resbalar.

Emilio comenzó a trepar primero, seguido por Sofía. Víctor fue detrás, pero pronto se dio cuenta de que colocarse justo debajo de ella no había sido buena idea: tenía unas vistas demasiado nítidas de su trasero.

Con cuidado, Emilio los guio hasta la parte más alta de la roca.

—¿Qué te parece, Sofía? —preguntó Emilio al culminar.

—Es justo lo que quería —contestó con una sonrisa de oreja a oreja, observando la playa a lo lejos y a todos los bañistas.

Víctor llegó junto a ellos y miró hacia abajo. Parecía muy alto, aunque solo serían unos segundos de caída. Hacía años que no subía allí, y le trajo recuerdos de cuando él y Emilio veraneaban con sus padres.

Volvió al presente cuando Sofía le agarró del hombro y lo hizo agacharse. Pegó la boca a su oído y susurró:

—Espero que no te rajes ahora.

Ese susurro lo encendió. Estaba a punto de responderle cuando algo lo hizo reaccionar instintivamente: sin pensar, dio un vistazo rápido para asegurarse de que no había nadie abajo, tomó carterilla y saltó.

Unos segundos de adrenalina lo envolvieron, pero nada comparado con lo que acababa de sentir sobre aquella roca. Había experimentado una excitación inesperada al ver los pezones de Sofía marcándose bajo la fina tela del bañador. El contraste con el agua fría hizo el resto.

Tuvo que saltar. En aquel momento eso había sido suficiente para ponérsela dura, más que la maldita roca en la que estaban

subidos. Aquello era una autentica putada. La playa estaba llena de mujeres preciosas. Algunas, incluso, sin nada de ropa. Sin embargo, no había sentido nada. Unos pequeños pezones bajo un trozo de tela elástica lo habían fulminado.

Los pezones de una cría de veintidós años.

Una cría que, además, lo sacaba un poquito de quicio.

Se sentía como un enfermo.

Desde luego, ese no era el camino.

El chillido de Sofía lo sacó de su desconcierto. Cayó cerca de él, salpicándole la cara. Emergió enseguida, se apartó el pelo de la cara y le dedicó una sonrisa radiante. Luego nadó en su dirección para dejar sitio al siguiente en saltar.

—¿Has saltado tan rápido para no arrepentirte? —le preguntó ella con sarcasmo.

—Pensé que era mejor hacerlo antes, por si luego tenía que rescatarte. Como eres algo torpe...

Ella abrió la boca preparada para contestar, pero Emilio cayó a su lado y el agua se le metió en la boca, haciéndola toser.

—¿Necesitas que te rescate ya?

Sofía le salpicó con las manos y se dio la vuelta. Aparentaba indiferencia, pero él notó cómo escupía agua con disgusto.

Entraron bajo la roca. Allí había una cueva que Víctor conocía bien. Recordaba con claridad el día en que resbaló intentando escalarla y se hizo un corte en la pierna. La cicatriz aún lo acompañaba.

—¡Qué bonita! —exclamó Sofía, mirando cada rincón del lugar. Parecía vivirlo todo con entusiasmo. Era refrescante verla disfrutar así, aunque también le recordaba lo mucho que él había dejado de hacerlo—. Es una cueva preciosa —dijo mientras flotaba, girando sobre sí misma—. Un lugar perfecto para los enamorados.

—Un picadero, diría yo —soltó Emilio con tono burlón.

Sofía lo miró incrédula y luego volvió a lo suyo.

—Venir aquí nadando y besarse bajo esta roca, ajenos a todo...

—Hombre, es un sitio bastante concurrido. Intimidad, poca —bromeó Emilio.

—¡Qué poco romanticismo tienes!

—Igual tú tienes demasiado —intervino Víctor.

—Y tú pareces hablar como si nunca te hubieras enamorado —le soltó sin pensar.

—Vale, es mi momento de largarme. Paso de ver cómo os matáis —interrumpió Emilio, saliendo de la cueva a nado.

Ellos se quedaron solos. El agua los mecía mientras las gotas descendían por sus rostros y la tensión flotaba en el aire.

Víctor estaba molesto. Sus palabras le habían dado de lleno. No iba a reconocerlo, pero había dolido. Había tocado una herida abierta. ¿Sabía cuánto podía afectarle eso? Probablemente no. Ella tenía toda la vida por delante para enamorarse, equivocarse, empezar de nuevo. Él, en cambio, sentía que su tiempo se agotaba.

Sin decir nada, se dio la vuelta y nadó hacia la salida. No miró atrás. No quería que lo viera vulnerable. Si tenía que morderse la lengua, prefería hacerlo desde la distancia.

—¡Víctor! —oyó a su espalda, aunque no se detuvo. Nadaba rápido. Tal vez si no la escuchaba, ella dejaría de llamarlo. Necesitaba estar solo—. ¡Víctor, espera, por favor!

Suspiró, molesto consigo mismo por detenerse, pero lo hizo. Se quedó flotando, esperando.

Sofía llegó jadeando, con la respiración acelerada. Se apoyó en su hombro y su cuerpo reaccionó otra vez. Tenía que apartarse.

Ella seguía recuperando el aliento, el pecho subía y bajaba a toda velocidad, aferrándose a él.

—¿Quieres que te ayude a salir? —preguntó.

Sofía negó con la cabeza, aún sin hablar.

—Solo he tragado mucha agua y he nadado más que en toda mi vida —consiguió decir entre bocanadas.

—Vale —respondió él, incómodo. Necesitaba que dejara de tocarlo—. De todas formas, no me apetecía cargar contigo hasta la orilla. —Sofía lo soltó de golpe, como si la hubiera quemado. Notó cómo su expresión cambiaba, pero no se disculpó—. ¿Para qué querías que te esperara entonces? —preguntó, impaciente.

Dudó, lo miró con cautela, pero no contestó. Simplemente se dio la vuelta y nadó hacia la orilla. Caminó con paso furioso hasta su toalla y se puso las gafas de sol.

Víctor, una vez que se aseguró de que estaba a salvo, se alejó. No quería regresar aún. Necesitaba despejar la cabeza.

Tendría que pasar el verano soportando los comentarios sarcásticos de Sofía. Lo desesperaba sí, pero también lo excitaba.

Ese cuerpo pequeño, dorado por el sol y lleno de curvas, lo estaba volviendo loco. Y su vitalidad, esa energía chispeante, lo atraía como una polilla a la luz.

Debía tener cuidado. Jugar con fuego normalmente acaba quemándote.

Cuando el sol hubo secado por completo su bañador, también se había llevado el enfado de Sofía. Había tardado, ya que no digería bien la actitud condescendiente de Víctor.

Pero estar sentada allí, bajo el sol, la hizo reflexionar. La diferencia de edad entre ellos era considerable; era lógico que no pensarán igual ni se comportarán de la misma manera. Pensó en cómo él lograba irritarla sin necesidad de gritar ni insultar. Bastaba con su tono, con su actitud.

Y quizá él sentía lo mismo hacia ella. Si se ponía en su lugar, tal vez no eran tan distintos.

Lo observó acercarse. El bañador mojado se pegaba a sus muslos y dejaba un rastro de agua. Se pasó la mano por el pelo, despeinándolo, y luego lo volvió a colocar con precisión. Se veía más joven así, pero parecía no permitirse ni un segundo de imperfección.

Si supiera lo que ella pensaba de él, seguro que se enfadaría. Pero le daba igual. A partir de ahora, decidió que Víctor sería su distracción.

Cuando se sentó a su lado, con la toalla anudada a la cintura y los codos sobre las rodillas, la miró. Esta vez, sin furia.

Ella asintió y ambos dirigieron la vista al mar.